

Jesús Ponce Cárdenas

En la soledad del sur. Góngora y el marqués de Ayamonte,
Madrid-Frankfurt am Main / Iberoamericana-Vervuert, 2024,
351 pp.

ISBN 978-9193-428-9 (Iberoamericana), ISBN 978-3-96869-571-6 (Vervuert),

ISBN 978-3-96869-572-3 (e-book)

Alberto Fadón Duarte

Universidad Complutense de Madrid

afadon@ucm.es

Entre las más reseñables virtudes de un trabajo filológico figura, sin duda, la de ser capaz de poner de manifiesto cómo un autor o tema que se creía sobradamente conocido, tratado durante décadas por la crítica, puede encerrar todavía numerosos enigmas. Tal es el primer mérito que salta a la vista para cualquier lector avezado en el gongorismo que se sumerja en *En la soledad del sur. Góngora y el marqués de Ayamonte* de Jesús Ponce Cárdenas, publicado gracias al apoyo del Proyecto “Hibridismo y Elogio en la España Áurea” (HELEA) PGC2018-095206. El último de sus trabajos sobre el ingenio cordobés es también un ejercicio de rigor intelectual que, apoyado sobre un conjunto de poemas algo más preteridos por los investigadores y menos fatigados por los curiosos, arroja abundantes ráfagas de luz sobre aspectos medulares de su vida y obra.

Aunque el ensayo se divide en ocho capítulos junto a la presentación y la coda, lo cierto es que el lector se encontrará con dos grandes secciones de extensión desigual; dos almas si se quiere: de un lado, una vertiente de corte historiográfico que incluye 1) una semblanza del IV marqués de Ayamonte, don Francisco de Guzmán y Zúñiga (1564-1607), 2) un examen de la bibliofilia y cultura literaria en otros miembros de su entorno y, ya al final de la obra, 3) un capítulo sobre cuestiones económicas de mecenazgo; del otro, una amplia parcela filológica que pivota en torno a una quincena de poesías epidícticas, distribuidas y agrupadas según su origen y propósito, adscribibles a un ‘ciclo ayamontino’ en la producción del prebendado de la catedral de Córdoba. El análisis de los escritos, según se evidenciará en los párrafos siguientes, es siempre de la máxima exhaustividad, sin rehuir en ningún caso los *loci obscuri* con los que ha de lidiar cualquier glosador del artífice del *Polifemo*.

El generoso capítulo dedicado a la biografía del prócer andaluz recorre des-

de sus ancestros hasta los últimos hitos que jalonaron su breve vida. Entre los mismos sobresale, en primer lugar, su viaje a Italia en la década de los setenta, cuando su padre era gobernador del Milanesado. Durante su estadía en la capital lombarda, que se prolongó hasta el óbito paterno en 1580, debió de adquirir una notable formación humanística que probablemente habría de influir en su interés por rodearse años después de primeros espadas de las letras. Posteriormente, el investigador complutense pasa también revista a su matrimonio con Ana Félix de Zúñiga en 1586, los problemas con la dote que llevó aparejados y su descendencia compuesta de tres hijos (Brianda, Francisco Antonio y Ana María) que también jugarían un papel notable en el ciclo de poemas. Son especialmente sugerentes las pinceladas que justo a continuación ofrece sobre el marquesado de Ayamonte, cuya importancia dependía de “su condición fronteriza con Portugal y la ubicación en la desembocadura del Guadiana, a las puertas del Atlántico” (p. 35). Asimismo, Ponce Cárdenas desentraña algunas de las claves de la misión diplomática que el marqués realizó en tierras de Italia a finales del siglo XVI. Pero, sea cual fuere, el hecho más relevante de su vida fue el rechazo del cargo de Virrey de Nueva España en 1606, un año antes de su repentino fallecimiento.

Dada la inexistencia de documentos acerca de la biblioteca del IV marqués de Ayamonte, el capítulo “Perfil de letras: cultura y bibliofilia en la casa de Zúñiga” busca paliar esa laguna indagando en las colecciones de dos de sus parientes: Pedro de Zúñiga (1540/1-1570) y Diego López de Zúñiga (1542-1594). En el primer caso, el inventario de su librería prueba que “figuraban varios tomos de Historia y derecho, religión, música y bellas letras, donde cualquier lector curioso podía asomarse a lo más selecto de las letras clásicas de Grecia y Roma, así como a un conjunto notable de autores italianos” (p. 84). La situación de Diego López, por su parte, resulta si cabe de mayor interés, ya que fue rector de la Universidad de Salamanca en tres ocasiones y tuvo trato con humanistas de la talla del Brocense, hecho del que habría de quedar huella en una dedicatoria incluida en sus *Comentarios* a Garcilaso. Asimismo, concluidas las indagaciones sobre otras figuras, el autor dedica una sección a profundizar y ahondar en la “corte literaria” del marqués de la cual da importantes pistas una epístola en tercetos de Cristóbal de Mesa.

En “Una red de enigmas y un viaje a la corte (1581-1606)” encontramos una clara división bipartita. En la primera parte se abordan los posibles orígenes de la relación entre las dos figuras que protagonizan la monografía. Sobre las que a veces se han considerado las primeras composiciones que poetizan este vínculo, Ponce Cárdenas repasa todos los argumentos a favor y en contra de su posible pertenencia a ese ciclo. De hecho, desde el punto de vista de las circunstancias históricas concretas, no tiene reparos en afirmar que este conjunto “presenta un perfil espinoso” (p. 135). En la segunda parte el estudioso complutense se detiene en los dos primeros sonetos que con toda certeza dan inicio a la serie. Fechados en 1606, el primero, “Clarísimo marqués, dos veces claro”, tiene como

asunto principal el elogio indirecto del marqués a través de un retrato de su esposa. En su análisis, el filólogo postula con todo el detalle posible cuáles pudieron ser las circunstancias históricas concretas que dieron lugar al epigrama. También considera la tipología de la pieza artística descrita (un retrato de faltriquera) y los modelos literarios en los que Góngora pudo inspirarse (entre los cuales el más evidente es el de Garcilaso de la Vega). El segundo soneto tratado en el capítulo, “Vencidas de los montes Marianos”, del que también se proporciona un completo comentario histórico-filológico, recrea un viaje desde Córdoba a Madrid. En este caso, el examen de la pieza en la que exhorta a su destinatario a reverenciar la majestad de Felipe III pone negro sobre blanco, entre otras cosas, cómo ciertas de sus *uncturae* preludian las *Soledades*. Por ejemplo: “vencidas de los montes Marianos / las altas cumbres” > “vencida al fin la cumbre” (sol. I, v. 52).

Andadas las páginas, el cuarto capítulo, “Interludio cortesano: el fallido virreinato de Nueva España”, tiene como núcleo las composiciones en torno a la propuesta que recibió el marqués para convertirse en virrey de Nueva España antes de que supiese que iba a rechazar el cargo. No solo Góngora, sino también otros ingenios como Cristóbal de Mesa cantaron lo que se interpretó como el más grande honor de su carrera. En el género clásico del *propemticom* o ‘poema de despedida y buenos augurios’ se modela la canción del cordobés “Verde el cabello undoso”. En ella, a lo largo de siete sextetos-lira, se sirve fundamentalmente de la imagen de un *thiasos* presidido por Tritón para bosquejar un encomio del matrimonio entretejido de conceptos ingeniosos que anticipan lo más granado y oscuro de las obras mayores. Idéntico propósito tiene el soneto “Veleiro bosque de árboles poblado”, donde al alimón con un sólido andamiaje metafórico se desliza un concepto por improporción, en términos de Gracián, según el cual “el periplo hacia las Indias podría verse como una perfecta contrafigura de la navegación del Príncipe Paris de vuelta a su patria y el infortunado secuestro de Helena de Esparta” (p. 178).

El capítulo quinto, “Un poeta entre Lepe y Ayamonte: temas y problemas” se detiene en este caso en poemas derivados de su rechazo del nombramiento. Concretamente, un par de textos que funcionan de engarce, otros dos que invitan a los poetas a celebrar al aristócrata onubense y un soneto de ambientación cinegética dirigido a su heredero. El primero de ellos, “Volvió al mar Alción, volvió a las redes”, recrea con claves propias de la tradición piscatoria y venatoria el regreso del marqués a sus tierras, dándole la vuelta con el ingenio a lo que *a priori* podría parecer una situación negativa o carente de interés. En esa misma línea, aunque con matices ligeramente distintos y coronando los versos con un tono de optimismo político, se inserta “Alta esperanza, gloria del estado”. Por otro lado, tenemos el epigrama que inaugura el díptico en el que se invita a otros poetas a celebrar la llegada del marqués, aludiendo con ello a la posible corte literaria que podía existir en torno al noble andaluz. Algo más de enjundia presenta la silva que principia “Por este culto, bien nacido prado”, que la tradición ligaba a un

supuesto libro de un tal Torres de Prado del que no se conservan noticias. El poema, por lo demás, ostenta ya una notable complejidad y un suntuoso tejido retórico con todo tipo de engastes eruditos e ingeniosos así como diversas metáforas para designar a la corte de poetas reunidos en Ayamonte. El tercer epígrafe, finalmente, se detiene en el soneto en que Góngora se dirige al hijo del marqués rogándole dejar la montería a través de la invocación de los malogrados *exempla* de Adonis y Ganímedes, alabando también indirectamente así su juventud y belleza.

El sexto capítulo, “Tres sonetos galantes: presencias femeninas en un ciclo epidíctico” concentra sus energías en los epigramas ligados a Ana Félix de Zúñiga y a la hija de los aristócratas, Brianda de Guzmán y Zúñiga. En el primero, “A los campos de Lepe, a las arenas”, Góngora perfila un cuadro piscatorio en el que las dos damas son adoradas por las gentes humildes de la comarca, entroncando así con la tradición de “piezas breves votivo-pastorales” (p. 243). Especialmente interesante es “Corona de Ayamonte, honor del día”, donde se relata cómo Góngora, ya acogido en la residencia nobiliaria, ofrece como un regalo, además del propio texto laudatorio, unas piedras bezoares. El editor del *Polifemo* indaga con pormenor en las virtudes de esta gema, cuyos rasgos salutíferos constituían una creencia muy extendida en la época, incluso entre eruditos de la talla de Benito Arias Montano. El epigrama, asimismo, contiene un vocablo, “cordobesía”, sobre el que hasta entonces existía una cierta controversia en la crítica que aquí se disuelve probando su significado y presencia en otros testimonios contemporáneos (Sebastián de Horozco, por ejemplo, escribe “Hombres hay que son soeces / y usan de cordobesías / y con sus falsos dobleces / nos engañan muchas veces / debajo de cortesías”). Finalmente, el último panel del tríptico aborda el soneto “Al sol peinaba Cloris sus cabellos”, que se inserta en la tradición galante que evoca a una dama peinándose entre diversas agudezas. Tal modalidad cuenta con un gran desarrollo en el siglo con ejemplos destacados como Lope de Vega o Quevedo.

El séptimo capítulo, “*In tenui labor, at tenuis non gloria*: un terno de elogios en arte menor” cierra los análisis filológicos con dos series de décimas y un romance lírico. La primera muestra la componen cuatro décimas de temática venatoria en las que se combina la presentación galante de Ana Félix de Zúñiga, confundida con el mismo dios Amor, con una estampa de caza junto a su marido en la segunda. De idéntica extensión, las *nugae* dedicadas a Brianda “Flechando vi con rigor” permiten al vate cordobés ponderar la hermosura y majestad de la joven en un marco campestre que la equiparan implícitamente con una ninfa o deidad cazadora. Las últimas líneas, como bien señala el estudioso, traen a la memoria la retórica helenística al indicar que su arco merecería sustituir al polícromo iris en el cielo. La última pieza es el romance de cincuenta y seis versos “Donde esclarecidamente”. En él “se decantan casi todas las esencias (marinas y terrestres, piscatorias y cinegéticas, rústicas y cortesanas) que hemos advertido en otros lugares del ciclo” (p. 299). La composición octosilábica, que Ponce Cárdenas divide en tres secciones, se demora en la pintura del enclave y

los encantos que coronan a las dos damas, en cómo estas suscitan una auténtica veneración entre los habitantes de la zona y, finalmente, en unos lienzos de caza y pesca protagonizados por la pareja femenina. La segunda parte que poetiza la *religio amoris* prelude de algún modo uno de los aspectos más innovadores del *Polifemo* gongorino.

El octavo capítulo (“Gestiones del mecenazgo: deudas y mercedes”), al modo de un tratado anular, vuelve sobre los aspectos de tipo histórico. Más concretamente, trata de profundizar en cuáles fueron exactamente los cauces por los que se desarrolló la relación de mecenazgo entre el prócer y el poeta a través de la exhumación de varios documentos que, sin aclarar todos los pormenores del asunto, apuntan en una dirección clara de vinculación económica.

La monografía, finalmente, se concluye con una coda que da cuenta de todo lo expuesto notando, además, cómo ese ciclo ayamontino constituye con justo derecho un jalón insoslayable en lo que José María Micó bautizó en un conocido ensayo como *La fragua de las Soledades*. Por nuestra parte, cabría añadir que el libro por su armónica combinación de historiografía y comentario literario desde un feraz conglomerado de enfoques críticos (lo puramente retórico y estilístico, la literatura comparada, la *imitatio* y *emulatio*, el estudio de los géneros literarios, la atención al componente referencial de los textos y la ilustración cuidadosa de las circunstancias que los envuelven...), supone todo un modelo de filología integral y un espejo de siglodeoristas.